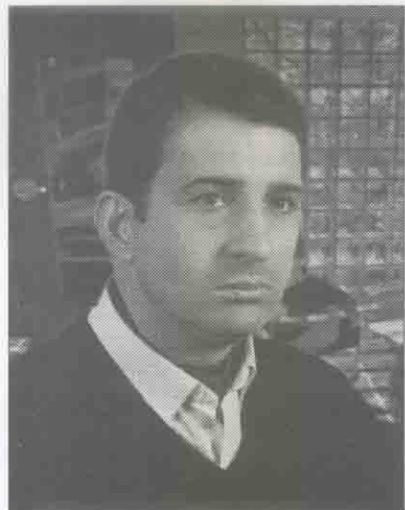


# EXTRATERRESTRES EN ALMACELLES

## CONTINUACIÓN



había explicado SU VERDAD, pero que, forzosamente debía existir otra, la auténtica, y me propuse encontrarla.

Mi primer cometido consistió en conocer los lugares donde había trabajado aquel hombre en su juventud.

Comencé visitando los bares del pueblo, no pocos domicilios y algunas propiedades de la zona, formulando todo tipo de preguntas y aduciendo toda suerte de excusas. Finalmente tuve el convencimiento de que los hechos sólo pudieron ocurrir en una finca muy determinada que fue habitada por un matrimonio y la anciana madre del marido, durante una época que se correspondía con la fecha del suceso. Según me explicaron, la esposa tuvo fama de ser muy agraciada físicamente, y de la noche a la mañana vendieron la finca y desaparecieron misteriosamente. Era evidente que no podía ser otra.

Mi siguiente paso consistió en descubrir su actual residencia. Omitiré el sinnúmero de gestiones y llamadas telefónicas que fueron precisas hasta dar con su paradero en Barcelona.

En todo momento fui consciente que era una temeridad hurgar en la vida de un matrimonio sobre unos hechos ocurridos cuarenta años atrás, donde por añadidura, era inevitable sacar a relucir la infidelidad de la esposa. Pero pese a todo consideré que valía la pena intentarlo, y sin pensarlo más, al día siguiente por la mañana cogí el coche y me trasladé a Barcelona.

Poco ducho en circular por las grandes urbes, cuando llegué a la altura del Corte Inglés de la diagonal aparqué y me dirigí en taxi a la dirección indicada. Eran las diez de la mañana cuando el ascensor me dejaba en la tercera planta del piso en cuestión. Antes de pulsar el timbre memoricé brevemente el guión que me había estudiado. Estaba un poco nervioso, tal vez a causa de los dos cafés que me había tomado durante el trayecto. Al llamar me respondió una ruda voz de muy mal talante desde el interior.

- ¡Ábre con la llave estúpida!

No supe que responder. Finalmente acerté a decir trémulamente:

- Quisiera... quisiera hablar con ustedes para hacerles una pequeña entrevista... soy de Almacelles...

Oí pasos, y después noté que era observado a través de la mirilla de la puerta. A continuación se abrió y apareció en el umbral un personaje en batín ya entrado en años aunque de aspecto todavía enérgico, cuya boca hundida indicaba claramente la ausencia de su habitual dentadura postiza.

- Creí que regresaba mi mujer.- se disculpó secamente con voz de fuelle - ¿Qué ha dicho que quería?

- Mire usted -me apresuré a contestar- soy historiador y estoy realizando un trabajo sobre las masías de Almacelles, sobre sus

Después, para evitarle secuelas psicológicas borraron de su memoria el espacio de tiempo que permaneció en la nave y le dejaron a la entrada del pueblo donde usted...

- ¡Para evitarme secuelas! ¿He? -explotó el pobre hombre sin poder contenerse más, con el rostro desencajado- Entonces... ¿POR QUÉ ME CASTRARON? ¡Mire! -agregó bajando sus pantalones.

- ¡Virgen Santísima! - exclamé.

¡Su bajo vientre estaba cubierto de horribles cicatrices, y del pene sólo quedaba un deformado muñón! A duras penas pude aguantar la visión. Parecía la obra de un buitre.

Ya algo más repuesto me disculpé:

- Por favor, súbase los pantalones y perdone mi precipitada conclusión. Su caso rompe todos los esquemas conocidos sobre ufología. Necesito tiempo para reflexionar. Si descubro algo le prometo que le llamaré. Creo que es todo cuanto puedo decirle...

Bastante avergonzado me despedí de él, y al quedar solo me dejé caer en el asiento apoyando los codos sobre la mesa en actitud reflexiva. Me sentía mal, no por haber quedado como un estúpido ante aquel pobre diablo sino, porque su confesión cuestionaba el concepto supercivilizado que yo venía otorgando en mis libros a los personajes espaciales. Aunque continuaba dudando que, seres capaces de trasladarse por el espacio en el interior de una burbuja actuaran como aprendices de carnícora. Pero por otro lado también resultaba extraño que aquel hombre mintiese, entre otras razones porque aprecié claramente en su rostro la sinceridad, además del resentimiento y el odio. Y para fingir de aquella manera, era preciso ser un actor de primera, cualidad difícilmente atribuible a un peón agrícola medio analfabeto y en las puertas de su vejez.

Finalmente llegué a la conclusión de que aquel hombre me